

Una hora antes de medianoche.

El verano estaba en ciernes, pero la oscuridad era mayor de lo que él se había imaginado. Seguramente a causa del agua que borbotaba debajo, casi negra; una membrana que cubría algo que parecía carecer de fondo.

No le gustaban los barcos, o quizás era el mar lo que no le iba nada, siempre se pelaba de frío cuando el viento soplaba como en ese momento y la ciudad de Świnoujście desaparecía lentamente. Solía quedarse de pie con las manos fuertemente aferradas a la borda y esperar a que las casas dejaran de ser casas y se convirtieran en pequeños cuadrados que se disolvían a medida que la oscuridad que lo arropaba se hacía más densa.

Tenía veintinueve años, y miedo.

Oía gente que se movía tras él, gente que también estaba en camino; una noche y unas pocas horas de sueño y se despertarían en otro país.

Se inclinó hacia delante y cerró los ojos, parecía como si cada viaje fuera un poco más jodido que el anterior y su alma se hubiera vuelto tan consciente de los riesgos como su cuerpo, su mano temblorosa, la sudorosa frente y las mejillas encendidas a pesar del frío que sentía, expuesto al agresivo y cortante viento. Dentro de dos días. Dentro de dos días estaría ahí otra vez, pero de regreso, ya se habría olvidado de la promesa que se había hecho a sí mismo de no volver a hacerlo.

Se soltó de la barandilla y abrió la puerta que transformó el frío en calor y lo llevó a una de las grandes escaleras donde rostros que no conocía se encaminaban hacia sus camarotes.

No quería dormir, no podía dormir, todavía no.

El bar no era una gran cosa; el Wawel era uno de los ferris más grandes de los que hacían la ruta entre el norte de Polonia y el sur de Suecia, pero no era buena idea quedarse mucho rato sentado a esas endebles mesas y en esas sillas con cuatro palos delgados a modo de respaldo.

Aún sudaba, sus manos intentaban atrapar el sándwich y el vaso de cerveza, y miraba fijamente hacia delante, tratando de no mostrar su miedo. Un par de sorbos de cerveza, medio trozo de queso; todavía sentía náuseas, pero tenía la esperanza de que un nuevo sabor borrara los anteriores, primero un gran pedazo grasiento de carne de cerdo que se había visto obligado a comer para proteger su estómago y después esas cosas amarillentas escondidas en una goma marrón, habían contado en voz alta cada vez que tragaba, doscientas veces hasta que las bolas de goma le habían destrozado la garganta.

—*Czy podać panu coś jeszcze?**

La joven que lo atendía lo miró y él negó con la cabeza; esta noche no, nada más.

Sus ardientes mejillas estaban ahora entumecidas; se encontró con una cara pálida en el espejo que había junto a la caja registradora y empujó el plato sobre la barra, tan lejos como pudo, con el sándwich intacto y el vaso lleno, señalándolos hasta que la camarera lo entendió y los puso en el estante de los platos por fregar.

—*Postawić ci piwo?***

* En polaco en el original: «¿Alguna cosa más?». (*N. de las t.*)

** En polaco en el original: «¿Quieres que te invite a una cerveza?». (*N. de las t.*)

Era un hombre de su misma edad, un poco borracho, de los que solo quieren hablar con alguien para evitar la sensación de soledad. Se quedó mirando al frente como antes, a la cara blanca del espejo, ni siquiera se dio la vuelta; era difícil saber a ciencia cierta quién hacía la pregunta y por qué, alguien que estaba sentado cerca y que se hacía el borracho y quería invitarle a una cerveza podría ser alguien que también sabía el propósito de su viaje. Puso veinte euros en el platito plateado con la cuenta y salió de la desolada estancia de las mesas vacías y la música absurda.

Quería chillar de tanta sed que tenía y la lengua buscaba más saliva para humedecer temporalmente su sequedad; no se atrevía a beber, tenía miedo de sentir náuseas, de no ser capaz de retener todo lo que se había tragado.

Tenía que hacerlo, retenerlo todo, de lo contrario ya sabía lo que pasaba: era hombre muerto.

Escuchaba a los pájaros como solía hacerlo cuando, por la tarde-noche, el aire cálido que venía de algún lugar del Atlántico lentamente daba paso a otra noche fría de primavera. Esa era la hora del día que más le gustaba, había terminado lo que tenía que hacer, pero no estaba nada cansado, así que aún le quedaban unas cuantas horas antes de que le tocara acostarse en la estrecha cama del hotel y tratar de dormir en la habitación que todavía no era sino soledad.

Erik Wilson dejó que el frescor de la noche le golpeará el rostro, cerró los ojos un breve instante para evitar los fuertes focos que bañaban toda la zona en una luz demasiado blanca. Se echó hacia atrás, miró con cautela los grandes nudos de cortante alambre de espino que hacían la alta valla aún más alta, y se esforzó por conjurar la extraña sensación de que esta se le venía encima.

A unos doscientos metros de distancia, el rumor de un grupo de personas que se desplazaba a través de la vasta e iluminada zona de duro asfalto.

Seis hombres vestidos de negro, delante, al lado y detrás de un séptimo.

Un coche también negro que se acercaba lentamente.

Wilson siguió con curiosidad cada paso.

Transporte de objeto protegido. Transporte a través de un espacio abierto.

De repente resonó otro ruido. Disparos de un arma. Alguien

abría fuego contra los hombres que caminaban, un tiro tras otro. Erik Wilson, sin moverse, vio cómo los dos tipos vestidos de negro que estaban más cerca de la persona protegida se abalanzaban sobre ella y la echaban cuerpo a tierra, y cómo los otros cuatro se daban la vuelta y trataban de averiguar de qué dirección venían los disparos.

Hicieron lo mismo que Wilson, identificar el arma por el ruido.
Un Kaláshnikov.

El ruido provenía de un pasaje entre dos edificios de baja altura, a cuarenta, tal vez cincuenta metros de distancia.

Los pájaros que hacía poco cantaban habían desaparecido, incluso el cálido viento que enseguida se volvería frío también se había esfumado.

Erik Wilson, a través de la valla, podía controlar cada movimiento, podía oír cada silencio. Los hombres de negro contestaron abriendo fuego, y el coche aceleró con brusquedad para detenerse muy cerca de la persona protegida, al alcance de los disparos que regularmente seguían llegando de los dos edificios bajos. Un par de segundos, no más, y ya habían abierto la puerta del vehículo para meter el cuerpo protegido en el asiento trasero, tras lo cual aquel desapareció en la oscuridad.

—Bien.

La voz provenía de arriba.

—Por esta noche hemos terminado.

Los altavoces estaban colocados justo debajo de los focos. El presidente había sobrevivido a esa noche, otra vez. Wilson se enderezó, escuchó; los pájaros estaban de vuelta. Un lugar extraño. Era la tercera vez que lo visitaba, FLETC, así se llamaba, Federal Law Enforcement Training Center, lo más al sur en el estado de Georgia que era posible llegar, una base militar propiedad del Gobierno de EE.UU., un campo de entrenamiento para las organizaciones de policía estadounidense: DEA, ATF, US Marshals, Border Patrol, y esta, que acababa de salvar a la nación una vez más,

el Servicio Secreto. Estaba seguro de ello, pensó mientras examinaba el asfalto iluminado, era su coche, sus hombres, solían entrenarse a esa hora.

Siguió caminando a lo largo de la valla que era la frontera con otra realidad. Era fácil respirar. Siempre le había gustado el clima de allí, mucho más luminoso, mucho más cálido que cuando en Estocolmo se está a la espera de un verano que nunca llega.

Tenía el aspecto de un hotel corriente; pasó por el vestíbulo en dirección al caro y aburrido restaurante, pero cambió de opinión y continuó hasta llegar a los ascensores que le llevaron al duodécimo piso del edificio que por unos días o semanas o meses era el hogar común de todos los participantes en el curso.

En la habitación hacía calor, el aire estaba cargado. Abrió la ventana que daba al gran recinto de entrenamiento y miró por un momento la cegadora luz; encendió la televisión, hizo *zapping* entre los canales que emitían todos el mismo programa. La dejó puesta, así estaría hasta el momento de acostarse, lo único que daba un poco de vida a una habitación de hotel.

Estaba inquieto.

La inquietud le nacía en alguna parte del cuerpo, se extendía desde el estómago hasta las piernas y de ahí hasta los pies; se levantó de la cama, se estiró y se acercó al escritorio, en cuya brillante superficie se alineaban cinco teléfonos móviles con unos pocos centímetros de separación: cinco teléfonos idénticos con una pantalla demasiado grande y teclado en cuero oscuro.

Los levantó, los examinó, uno por uno. En los cuatro primeros, ninguna llamada, ningún mensaje.

En el quinto, lo vio antes incluso de cogerlo.

Ocho llamadas perdidas.

Todas del mismo número.

Eso es lo que había acordado. A ese teléfono, llamadas de un único y mismo número. Desde ese teléfono, llamadas a un único y mismo número.

Dos tarjetas de pago no registradas que solo se llamaban entre ellas; si alguien investigaba, si alguien se apropiaba de sus teléfonos, no encontraría nombre alguno, únicamente dos teléfonos que recibían y hacían llamadas desde y a dos desconocidos abonados a los que no podía seguirse la pista.

Contempló los otros cuatro teléfonos que reposaban sobre la mesa. Para todos valía el mismo apaño: todos hacían llamadas a un único número desconocido, todos recibían llamadas desde un único número desconocido.

Ocho llamadas perdidas.

Erik Wilson agarró fuertemente el teléfono que correspondía a Paula.

Hizo unos cálculos: eran más de las doce de la noche en Suecia. Marcó el número.

La voz de Paula.

—*Tenemos que vernos. En el piso número cinco. Dentro de exactamente una hora.*

El piso número cinco.

Vulcanusgatan 15 con Sankt Eriksplan 17.

—No puede ser.

—*Tenemos que vernos.*

—No puede ser. Estoy fuera.

Una respiración fuerte. Se oía muy cerca. A pesar de estar a varios miles de kilómetros de distancia.

—*Pues tenemos un problema de la ostia, Erik. Dentro de doce horas tenemos que hacer una entrega importante.*

—Cáncelala.

—*Demasiado tarde. Quince mulas polacas ya vienen hacia aquí.*

Erik Wilson se sentó en el borde de la cama, en el mismo lugar que antes, donde el edredón estaba un poco arrugado.

Un negocio de los grandes.

Paula se había adentrado a fondo en la organización, más a fondo que nadie que él hubiera conocido.

—Déjalo. Ahora mismo.

—*Sabes que así no funcionan las cosas. Sabes que tengo que seguir con ello. Eso, o dos balas en la sien.*

—Te lo repito: déjalo. Yo no puedo, escúchame bien, no puedo respaldarte. ¡Déjalo, joder!

Siempre hay un silencio incómodo cuando alguien cuelga en medio de una conversación telefónica. A Wilson nunca le había gustado ese vacío electrónico, que alguien decidiera cuándo terminaba la conversación.

Se acercó de nuevo a la ventana y miró la fuerte luz que hacía que el gran patio de entrenamiento se encogiera, que casi se ahogara en la blancura.

La voz había sonado forzada, casi temerosa.

Erik Wilson aún sostenía el teléfono en la mano; lo contempló, contempló el silencio.

Paula iba a hacerlo en solitario.